

Capítulo 8 - Mensajero Lino-Wharton - Guía práctica de la hechicería [Libros 1-4 aquí mencionados, — 3 de julio]

Siobhan

29 de septiembre, martes, 21:00 horas

Siobhan volvió a su propio cuerpo y a su ropa habitual, aquella que una vez fue la más bonita de sus pertenencias, aunque ahora lucía las manchas y roturas tras su fuga apresurada de los policías.

Dryden la observó con atención y le insistió en que renovara su vestuario antes de que la viesen en público. Cuando ella protestó, le recordó que su cartel la mostraba con un manto raído y con capucha, el cabello despeinado y una expresión de locura en los ojos, y que un cambio de apariencia podría permitirle pasar inadvertida. Como si adivinara su próximo argumento, le aseguró que no necesitaba visitar a una costurera; tenía ropa femenina de sobra en una de las habitaciones de huéspedes de la mansión.

Cuando le llevó las prendas—un vestido ajustado negro con falda lápiz y un capa carmesí—, ella cometió el error de preguntar a quién pertenecían.

Él le dirigió una mirada severa. “Pertenecen a una conocida mía del pasado. Ella pasó la noche aquí y dejó esto como excusa para volver, pero su estrategia no prosperó.”

Siobhan quedó paralizada por un momento, luego exclamó en un súbito destello de comprensión, su vergüenza impidiéndole mirar a Dryden a los ojos. Una escena imaginaria con Dryden y la mujer que había usado esas prendas tan llamativas cruzó por su mente, y rápidamente se sacudió mentalmente para eliminar la visión.

“Te aseguro que no echará de menos estas prendas. Considéralas tuyas.”

Así fue como Siobhan se encontró caminando junto a Dryden por las sombrías calles de la parte más marginal de la ciudad, luciendo un atuendo elegante que resultaba demasiado costoso para que ella se sintiera cómoda.

Estaba nerviosa, esperando que cada persona que pasaba le señalara y la acusara o huyera a buscar a un policía, pero nadie parecía reconocerla. La capucha del manto cubría su cabello y sus rasgos a la luz de las farolas, en cualquier caso. Solo alguien con vista de divino o inclinaciones naturales a la oscuridad, como un vampiro o una bruja, podría percibir su rostro.

Dryden también llevaba capucha. Metió las manos en los bolsillos al salir, pero dudó en sacar algo. “Normalmente uso una máscara para esto, pero en realidad eso puede llamar más la atención en las circunstancias actuales. Así, quizás, solo seamos un hombre y una mujer caminando juntos.”

Dryden la condujo por un trayecto serpenteante a través de la ciudad, y ella, tardíamente, al darse cuenta cuando dieron la vuelta en un punto, entendió que buscaba posibles seguimientos. No sabía si ello debía alarmarla o tranquilizarla, pero parecía confiar en que estaban a salvo. Finalmente, llegaron a un barrio donde las viviendas estaban amontonadas unas sobre otras en pequeños apartamentos de dos pisos, alineados en largas filas.

Siobhan frunció el ceño al imaginarse viviendo tan cerca de otras familias. ‘ Sin espacio, sin privacidad. ’ Caminaron por unas escaleras precarias que ella esperaba estuvieran estabilizadas con magia, porque de lo contrario parecían a punto de colapsar.

Tocó con precaución el aldabón de la puerta, que estaba en una base de metal decorado con la cabeza de un león rabioso.

Entendió su vacilación cuando el león se movió, mirándolos con intensidad y mostrando los dientes. Tras un momento tenso, la cerradura cedió y la puerta emitió un “clic”, y el león se quedó inmóvil.

Dryden giró el pomo y cruzó adelante de ella, mirando cautelosamente alrededor antes de apartarse para que pudiera seguirlo.

Contrario a sus expectativas, el interior era completamente mundano.

Una mujer alta y de piel oscura, con cabello rizado largo recogido en una trenza suelta lejos de su rostro, salió de la cocina adjunta, que era poco notable, y bebía una taza de té. Parecía no sorprenderse al verlos y mostraba igual indiferencia ante su presencia. “Oliver. ¿Qué quieres?”

Siobhan notó el uso de su nombre de pila. “¿Quizás así se presenta a la gente en el mundo criminal?”

Dryden le regaló una sonrisa coqueta. “Hola, Liza. Necesitamos de tus servicios.”

Liza le lanzó una mirada tan seca como el desierto de Tataroc, con una cadera en jarra. “No seas pedante. ¿Qué es exactamente lo que deseas de mí?”

“Mi padre está en prisión,” dijo Siobhan. “Quiero comunicarme con él. Escuché que quizá puedas ayudarme con eso.”

Liza giró su mirada hacia Siobhan, tarareando pensativa. “Penitenciaría de Harrow Hill. Ala de alta seguridad?” Antes de que Siobhan pudiera responder, agitó su mano despectivamente y continuó. “Claro que sí, ¿por qué más vendrías a mí? ¿Tienes oro?”

Siobhan asintió, sacando la bolsa de monedas que había traído. Cincuenta piezas de oro. Era una cantidad exorbitante, y le sorprendió cuando Dryden le dio una estimación del costo por los servicios de la mujer. Con esa cantidad, podía pagar toda una clase universitaria o vivir con lujo durante un par de meses en Gilbratha. Esperaba no tener que usarla toda.

Liza observó la bolsa con recelo. “¿Quieres que pueda comunicarse de vuelta contigo?”

“Sí.”

“¿Sabes exactamente dónde lo tienen detenido?”

Siobhan reprimió una mueca de disgusto. “No.”

La mujer suspiró. “Bueno, podemos hacer un hechizo de localización previa si tienes algo de su cabello o algo por el estilo. El mensajero puede usarlo para encontrarlo.”

La mueca de Siobhan se escapó. Su abuelo la había enseñado a desechar cualquier cabello, sangre, o recortes de uñas, incluso saliva, precisamente para que nadie pudiera usarlos en este tipo de hechizos. No tenía ninguno.

Liza levantó las manos en el aire, haciendo que se derramara un poco de su té. “¡No soy una milagrosa! Si logras encontrar a un hechicero que conozca a tu padre lo suficiente para ayudarme con un hechizo de localización, tal vez pueda hacerlo funcionar. Sin embargo, esto no será barato. Setenta coronas de oro.”

Siobhan casi se atraganta.

Las cejas de Dryden se levantaron. “¿No es eso un poco excesivo, Liza? Es solo un hechizo de mensajero.”

La mujer los miró con una expresión de desdén mientras tomaba otro sorbo de té. “Es una tarifa por riesgo. Por posible esfuerzo de voluntad, y el coste de la magia de sangre. Debo complementar la Voluntad de un hechicero que intenta crear un vínculo mnémico simpático y enlazarlo en un hechizo de rastreo, además de aumentar a un mensajero lo bastante habilidoso para usar dicho rastreador y evitar ser detectado por los guardias y las wardas. Requiere demasiada energía, por lo que también tendré que usar un núcleo de bestia, si quieres que el mensajero sea viable durante las seis horas estándar. Setenta oro.”

“Puedo crear el vínculo mnemónico si me muestras cómo hacerlo,” dijo Siobhan. “Y no necesitaré que complementes mi Voluntad mientras lo hago. También puedo ayudarte a canalizar el poder para el resto del hechizo. No necesito que el mensajero dure mucho, dos horas a lo sumo. Cuarenta oro.”

Aunque puedas seguir el ritmo, aunque dudo que puedas canalizar más de unas pocas docenas de thaums, si acaso... Liza la miró de arriba abajo, luego le lanzó una mirada desafiante a los ojos. "Las magias de sangre son un delito grave en Gilbratha."

Las magias de sangre eran un crimen en casi todos lados, y por buenas razones. Sacrificar un humano, o partes de él, o lanzar un hechizo que involucrara tortura o crueldad excesiva hacia un ser vivo podía dar lugar a conjuros poderosos, pero el costo era inconcebible. Siobhan aclaró su garganta, que parecía haberse secado. "¿Qué tipo de... magia de sangre, exactamente? Si planeas usar algún tipo de sacrificio humano, no creo que necesite tus servicios, después de todo."

Liza resopló con desdén, un soplo de aire haciendo volar una coleta suelta lejos de su mejilla. "¿Esta ha bebido profundamente del pozo proverbial, eh, Oliver? No, niña, no habrá componentes humanos, ni baños en sangre de vírgenes. Estaremos lanzando un hechizo de mensajero Lino-Wharton. Requiere un ser que pueda hablar, así que usaremos un par de cuervos. Uno debe morir para mejorar temporalmente las capacidades del otro. El segundo cuervo también morirá cuando termine el hechizo. Admito que la muerte del primer cuervo no es... placentera, pero dura menos de un minuto. Si no puedes soportarlo, siéntete libre de irte, después de prometer no revelar mi ubicación ni esta conversación." Liza volvió a tomar un sorbo de su té, pero sus ojos oscuros, entrecerrados, estaban fijos en Siobhan con una concentración que había visto en cazadores antes de soltar una flecha hacia su desprevenida presa.

Siobhan tragó saliva, pero no desvió la mirada. "Eso no es un problema. Haremos el hechizo," dijo. En su mente, siguió pensando, 'Y mientras te ayudo a lanzar el hechizo, lo memorizaré. Dos cuervos. No es agradable, pero no tan terrible como podría ser. He usado componentes de cuervo en otros conjuros, aunque admito que no mientras el cuervo estuviera vivo. Si necesito volver a hablar con mi padre, no te voy a necesitar a ti.'

"La mujer advirtió que requeriré una huella de sangre de ambos como garantía de vuestra discreción," dijo. "Y cincuenta monedas de oro."

Dryden asintió. "Ella tiene términos estándar," explicó a Siobhan. "No podemos revelar su identidad, ubicación ni los servicios que ha prestado a las autoridades o a quienes pensamos podrían hacerle daño, y ella debe prometer lo mismo en nuestro favor. No es nada nefasto."

'Nada nefasto, aparte de que es un voto basado en sangre.' En voz alta, repitió: "Cincuenta monedas de oro." Incluso eso casi era lo bastante caro como para hacerla reconsiderar su deseo de hablar con su padre.

Liza colocó su taza en una mesa cercana, sumergió un dedo en el líquido y trazó un círculo rápido en la mesa alrededor. Usando solo el calor del aire y su voluntad pura, recalentó el té y bebió el resto de un sorbo.

Fue una muestra casual de destreza, y el respeto de Siobhan por ella profundizó. Un control así requiere más que práctica para mejorar la capacidad de canalización. Requiere claridad y fuerza de voluntad.

“Muy bien, entonces,” dijo Liza. “Lo mejor será que comencemos. El hechizo estará activo y los granos de arena metafóricos comenzarán a caer en la ampolla justo después de terminar. Tengo un hechizo de estasis de estilo sanador que te permitirá reactivar al mensajero más tarde, pero eso costaría otros veinte monedas de oro.”

Siobhan luchó por mantener las fosas nasales sin dilatarse por irritación. “No, lo usaremos de inmediato, siempre y cuando no sea demasiado conspicuo.”

“Es un pájaro. Todas las celdas tienen ventanas. Nadie notará nada fuera de lo común, y a menos que Harrow Hill tenga un sistema de protección más impresionante que el mío”—la mujer resopló ante esa idea—“los guardias nunca se enterarán.”

Al igual que Katerin, Liza disponía de un lote de pergaminos con el hechizo de la huella de sangre ya trazado, lo que llevó a Siobhan a preguntarse qué tan habitual era esa práctica. ‘O tal vez, esto simplemente indica que me estoy relacionando con las personas equivocadas’. Los tres aceptaron los términos que Dryden había mencionado previamente, y Siobhan entregó a Liza todo el oro de su bolsa.

Liza los guió hasta un cuarto vacío con un armario en el que Siobhan sospechaba que guardaba sus material mágicos. Sin embargo, cuando la mujer abrió la puerta del armario, el espacio al otro lado parecía demasiado grande.

Siobhan cruzó hacia el área libre, llena de componentes mágicos, animales e insectos en jaulas y frascos, y estanterías con grimorios y libros de referencia mágica. ‘¿Habrá creado Liza algún tipo de espacio plegado en su armario?’ Incluso había un par de pequeños jardines en la esquina, cultivados bajo una luz mágica. Solo había oído hablar, en teoría, de aplicaciones tan extensas de magia espacial, y verla en persona resultaba más que impresionante. Buscó las señales visuales que indicaran magia de distorsión espacial, pero no encontró ninguna.

Al ver la expresión de asombro en el rostro de Siobhan, Liza rodó los ojos. “Cierra la boca, muchacha. Solo compré el apartamento de al lado y los dos de abajo y derribé algunas paredes.”

Siobhan cerró la boca de golpe, sintiendo que sus hombros se tensaban y su barbilla se alzaba ante la vergüenza. Al menos, en su cuerpo real, sus mejillas no mostrarían su rubor con tanta facilidad.

Liza se movía entre sus objetos, recogiendo materiales y un par de cuervos vivos de una de las jaulas. Pasaba las páginas de los grimorios, murmurando para sí y detenéndose a estudiar hechizos específicos y tomar notas en una hoja de papel de repuesto.

Siobhan contenía mentalmente el babeo que le producía la exhibición de conocimientos mágicos a su alrededor, muchos de ellos probablemente restringidos e ilegales. No deseaba cruzar la línea de la ley ni invocar magias depravadas o dañinas, pero sin duda le encantaría aprender sobre ellas.

Finalmente, Liza hizo un gesto para que bajaran por las escaleras hacia los apartamentos en la planta baja. Dryden tomó la iniciativa, y Siobhan notó cómo Liza miraba su trasero al pasar.

La mujer notó la sorpresa de Siobhan y sonrió con suficiencia. “Al menos puedo mirar, ¿no?”

Siobhan volteó la vista, avergonzada, y Liza soltó una carcajada; mientras, Dryden le lanzó una sonrisa coqueta por encima del hombro.

Debajo, las paredes vibraban con fuertes señales de protección mágica, y las ventanas desaparecían por completo, aunque ella no lo había notado desde fuera. Por un rincón de su visión, Siobhan vio el tenue resplandor de glifos activos en las esquinas de las habitaciones, como si estuvieran dentro de algún artefacto gigante. El vello en sus brazos se erizó y estremeció con una sensación de placer vago. ‘Así debe sentirse en el estudio de un hechicero.’

Los cuervos parecían disgustados y comenzaron a graznar y a aletear dentro de sus jaulas.

Liza alejó a Dryden con firmeza, dándole instrucciones precisas de no deambular, y comenzó a preparar el hechizo de rastreo mencionado anteriormente, usando una vara y una cuerda para dibujar un círculo perfecto en el suelo, que expandió con una compleja matriz de palabras mientras Siobhan observaba fascinada.

No había sabido que los hechizos de rastreo podían realizarse sin un vínculo natural. Esto la hizo aún más agradecida por el medallón de protección que llevaba escondido junto al amuleto de transformación debajo de su camisa. Si su padre hubiera llevado uno, probablemente habría logrado defenderse de este intento de localizarlo.

“¿Es tu padre biológico?” preguntó Liza, encendiendo un pequeño brasero en uno de los Círculos componentes. “Una de tus hebras debería ayudar a fortalecer el vínculo mnemónico. A menos que hayas alcanzado el nivel de Aprendiz, diría que lo vas a necesitar.”

La última vez que Siobhan fue sometida a una prueba, podía canalizar alrededor de ciento setenta y cinco tams, lo que correspondía firmemente al nivel de Aprendiz, muy por debajo de un hechicero Journeyman. Con cierta resignación, arrancó un solo cabello y lo colocó en el Círculo de componentes donde Liza había dibujado el glifo que representaba cabello o pelaje.

“Al menos sabes eso,” dijo la mujer. Colocó una pequeña aguja de hierro en el centro del Círculo central y se volvió hacia Siobhan. “Yo me encargaré de la parte de rastreo del hechizo. Tú solo necesitas asociar la aguja con tu padre con la mayor fuerza posible mientras yo lo hago. Crea un vínculo de simpatía. No voy a reforzar tu Voluntad, así que si el cuervo no logra encontrarlo, no me hago responsable.”

Siobhan reprimió su irritación y simplemente asintió. No se había recuperado por completo del esfuerzo excesivo de hacía unos días, pero al menos no había realizado magia aún ese día. Su Voluntad no le fallaría.

Cuando Liza dio la señal, toda la concentración de Siobhan se centró en la aguja que yacía allí en el suelo frente a ella. Revivió en su memoria los recuerdos de su padre en detalle, catalogándolo para el rastreador, y ordenó a la magia que aceptara que la aguja y su padre eran—antitéticamente—una misma entidad. Era una de las aplicaciones fundamentales de la transmogrificación.

Cuando Liza terminó, Siobhan relajó su concentración. El fuego en el pequeño brasero había sido consumido tan completamente que quedó solo en cenizas y madera fría. Estaba bastante segura de que el hechizo de enlace había funcionado, pero no sabía cómo asegurarse.

Liza parecía despreocupada, apartando cuidadosamente la astilla de hierro y limpiando el suelo de tiza. “Puedes ayudar a lanzar el hechizo del mensajero, ya que mejorará tu control sobre el cuervo, pero no te entrometas,” dijo. “Enfoca tu Voluntad en lo que te diga, y nada más.”

Luego, Liza ató una de las reinitas con cordel para evitar que batiera las alas o intentara escapar, y usó una lengua de serpiente y una pequeña gota de lo que Siobhan pensó que era laudanum como componentes de un hechizo calmante potente. Cuando terminó, la colocó de nuevo en su jaula, donde permaneció dócilmente, apoyada contra las barrotas.

El otro pájaro se agitaron más por todo esto, cacareando y golpeando la jaula con sus alas.

Liza dibujó otro Círculo y su secuencia de Palabras, aún más complejo. Trabajó en ello tanto que Siobhan tuvo que mover los pies para no quedársela dormida. Tras colocar un núcleo de bestia del tamaño de un pulgar en uno de los Círculos de componentes, Liza confabuló y amarró la cuervo no sedado, colocándola en el centro del Círculo principal. La puso junto a la dócil. “Estamos utilizando la vitalidad y la inteligencia del hermano para nuestro mensajero. Es transmogrificación, no transmutación, así que asegúrate de concentrarte. No enlaces sus vidas; no querríamos que ambos cuervos mueran.”

Cuando Liza activó el hechizo, el cuervo no sedado emitió un grito horrorizado y se retorció como intentando escapar. El sonido se apagó rápidamente en un gorgoteo, y el pájaro quedó inmóvil, con sus pequeños ojos negros sin ver.

El cuervo tranquilo pareció animarse, recobrando algo de vigor en su mirada, pero, aunque luchó un poco, ninguna criatura no sapiente podría haber resistido la magia de Liza y la forzada docilidad.

Liza utilizó la parte posterior de un cuchillo de plata para abrir el cráneo del cuervo muerto mientras la otra lo observaba con unos ojos oscuros e incansables. Ella extrajo los sesos y los colocó en un pequeño cuenco de madera. También tomó un ojo, una pluma y una garra, y tras un rápido ajuste en el Círculo, le indicó a Siobhan que concentrara su Voluntad en las tres partes del ave fallecido, ejerciendo dominio sobre ellas y, a través de ellas, sobre el ave aún viviente. “Cuando tengas estos objetos, serás reconocido como el amo del cuervo. También deberás ver con sus ojos y oír con sus oídos. Si fracasas en esto, usar al mensajero podría ser bastante desagradable. Concéntrate en ambos aspectos: el dominio y la comunicación.”

Siobhan no estaba familiarizada con este tipo de hechizo de dominio, y aunque las instrucciones no eran confusas, tampoco resultaban tan útiles como ella hubiera deseado. Sin embargo, no le quedó tiempo para pedir aclaraciones, pues Liza volvió a concentrarse en el hechizo de inmediato y comenzó a lanzar la invocación.

Cuando concluyó, Liza colocó las piezas del ave en una pequeña bolsa, que arrojó a Siobhan. “Lleva eso contigo, si quieres que el mensajero obedezca tus órdenes.”

Siobhan esperaba no haber comprometido la conexión. ‘¿Qué significa exactamente “desagradable”?’ Se recostó contra la pared, respirando profundamente. Lanzar hechizos generalmente no requería esfuerzo físico, pero el esfuerzo por canalizar energía aún podía dejar a los taumaturgos jadeando y temblando.

Liza, que apenas respiraba un poco más agitada por el esfuerzo, observó detenidamente a Siobhan y, con un “tch” de juicio, le permitió tomar un descanso.

‘¿Cuántos taumaturgos está canalizando esta mujer como si fuera algo trivial?’ se preguntó Siobhan.

Finalmente, con otro ajuste en el complejo Círculo, moviendo algunos de los Círculos componentes hacia el interior para que intersectaran con el principal, Liza colocó nuevamente al ave calmada en el centro.

Puso los diminutos cerebros del cuervo muerto en uno de los Círculos, semillas en otro, y la escoria de metal encantada anteriormente en un tercero. “Esta es la parte más difícil: los cerebros de su hermano, para mayor inteligencia y que pueda seguir tus órdenes; las semillas, para la lealtad a su amo; la aguja de hierro, para localizar al objetivo; y la cuerda...” Cada vez ataba un extremo de un gran ovillo de hilo a la pata del cuervo, y luego se acercó a Siobhan para amarrarle un lazo en la muñeca. “Seguirá tus órdenes dentro de la longitud de esa cuerda.”

Liza acercó su rostro y observó a Siobhan, presumiblemente buscando signos de esfuerzo excesivo en su voluntad.

Los pensamientos de Siobhan aún estaban un poco embotados, pero asintió con determinación. “Sí.”

Liza volvió a dirigirse al Círculo, levantando dramáticamente las manos al tiempo que activaba el hechizo. “Come,” le ordenó al ave. Bajo los efectos del hechizo de sumisión, el ave obedeció, picoteando las semillas, los cerebros y la aguja encantada. Los ingirió todos.

Siobhan sintió como si pudiera percibir la Voluntad de la otra mujer atravesando las cuerdas de magia misma, tocando la suya. Era como un depredador, elegante y musculoso, que avanzaba hambriento.

El núcleo bestial que alimentaba el hechizo brillaba en rojo, y el Círculo empezó a emitir una tenue luz incolora debido a la tensión, pese a la definición del conjunto de Palabras y a cómo ambas concentraban sus energías.

El cuervo se desplomó en el suelo, como si estuviera poseído por un demonio, pero no emitió ningún sonido.

El corazón de Siobhan latía con intensidad en su pecho y le dolía la cabeza, pero se negó a flaquear o a perder la concentración. Más que simplemente hacer que el hechizo fallara, la pérdida del control sobre las múltiples tramas de energía que pululaban en el Círculo podía ocasionar una reacción física peligrosa o una tensión mental extrema.

Finalmente, la energía se estabilizó. La cuerda que conectaba a ella y el cuervo se volatilizó en un destello, lo bastante rápido como para quemarle la piel, pero sin infligirle heridas reales.

Liza bajó los brazos, y Siobhan soltó su agarre mental sobre el conjuro.

“Está terminado”, dijo la mujer, recogiendo al cuervo y entregándoselo a Siobhan. “Actuará como tu mensajero con destreza e inteligencia sobrenaturales—bueno, para ser un ave—siempre y cuando no lo envíes más allá del alcance de la cuerda, que era aproximadamente mil trescientos metros. Su cerebro sufrirá una hemorragia y morirá en un período de noventa minutos a dos horas, así que debes actuar con prontitud”.

Siobhan sostuvo al cuervo contra su pecho con brazos temblorosos, sintiendo cierta lástima por la criatura y su hermano. Sin embargo, no podía evitarlo. La magia siempre conllevaba un precio. “Ya que gasté tanto”, dijo, sonriendo con dificultad a la otra mujer, “¿crees que puedas lanzarme por gratis la jaula para el ave?”

Revision #1

Created 15 June 2026 23:52:28 by Edward Elric

Updated 15 June 2026 23:52:31 by Edward Elric